



CAPÍTULO I



No había posibilidad alguna de dar un paseo aquel día. Habíamos estado vagando, cierto es, entre matorrales deshojados durante una hora, por la mañana, pero desde el almuerzo —cuando no había compañía, la señora Reed comía pronto—, el frío viento invernal había traído consigo nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante que se había descartado cualquier esparcimiento en el exterior.

Yo, encantada: nunca me habían gustado los paseos largos, sobre todo en las tardes en las que hacía fresco; me resultaba terrible volver a casa con el crepúsculo descarnado, con los dedos de las manos y los pies entumecidos y el corazón apesadumbrado por las regañinas de Bessie, la niñera, y abatida por la consciencia de mi inferioridad física con respecto a Eliza, John y Georgiana Reed.

Eliza, John y Georgiana Reed se arremolinaban junto a su mamá en el salón: ella, arrellanada en un sofá junto a la lumbre, con sus angelitos a su vera (por el momento, sin pelearse ni llorar), parecía absolutamente dichosa. A mí me había dispensado de unirme al grupo diciendo que lamentaba verse en la obligación de excluirme, hasta que Bessie le dijese, o pudiese ver ella con sus propios ojos, que yo estaba intentando, con total seriedad, adoptar una disposición más sociable e infantil, más atractiva y briosa, algo más ligera, más franca, más natural, por decir algo; hasta entonces, no tenía más remedio que apartarme de privilegios destinados únicamente a niñitos satisfechos y felices.

—¿Qué dice Bessie que he hecho? —pregunté.

—Jane, no me gustan las criaturas puntillasas o preguntonas. Además, hay algo de lo más aborrecible en que una niña replique así a sus mayores. Vete por ahí a sentarte y quédate calladita hasta que sepas hablar con dulzura.

Había una salita de desayuno adyacente al salón y allí me escabullí. El lugar tenía una estantería: enseguida me hice con un libro, cuidándome de que fuera uno de los que tenía ilustraciones. Me encaramé al asiento del alféizar de la ventana: subí las piernas, las crucé como un turco y, tras correr casi por completo la cortina de muaré rojo, me quedé allí resguardada, por partida doble.

Los pliegues de los drapeados escarlata me tapaban la vista a la derecha; a la izquierda estaban las hojas transparentes de la ventana, que me protegían, pero no me separaban de aquel aciago día de noviembre. A intervalos, mientras pasaba las páginas de mi libro, estudié el aspecto de aquella tarde de invierno. A lo lejos, ofrecía una blancura pálida de neblina y nubes; cerca, una escena de prados húmedos y matorrales que la tormenta zarandeaba, y de lluvias incesantes que culebreaban con fuerza por los persistentes embates de una triste ventolera.

Retomé mi lectura: *Historia de las aves británicas*, de Bewick;⁵ la parte escrita, por lo general, no me importaba demasiado, aunque había ciertas páginas introductorias que, como niña que era, no podía pasar por alto sin más. Eran aquellas que hablaban de las moradas de las aves marinas, de «las rocas y promontorios solitarios» que solo ellas habitaban; de la costa de Noruega, jaspeada de islas, ya desde su extremo austral, el cabo Lindesnes, o Naze, hasta Cabo Norte:

Donde el Mar del Norte, con sus vastos torbellinos, hierve alrededor de las desnudas y melancólicas islas de la lejana Tule; y el oleaje Atlántico se derrama sobre las procelosas Hébridas.

Tampoco podía pasar por alto la mención a las yermas costas de Laponia, Siberia, Spitsbergen, Nueva Zembla, Islandia, Groenlandia, con «la vasta extensión del Ártico y sus remotas regiones de monótona tierra, una reserva de escarcha y nieve, donde los firmes campos de

5. *A History of British Birds* (1805), de Thomas Bewick.

hielo, la acumulación de siglos de inviernos, se acristalan en las cumbres alpinas, más allá de las alturas, rodean el polo y congregan los numerosos rigores del frío extremo». De aquellos reinos de blanca muerte me había formado mi propia idea, sombría —como todo lo que se comprende a medias y flota en la penumbra de la mente infantil—, pero extrañamente impresionante. Las palabras de aquellas páginas introductorias se conectaban con las viñetas que aparecían a continuación y le daban sentido a la roca que se erigía solitaria en un mar de nubes y neblina; al barco roto naufragado en una costa desolada; a la luna fría y fantasmal que relucía entre barrotes de nubes sobre un barco que se estaba hundiendo.

No sé qué sensación rondaba, cual espectro, aquel patio de iglesia de lo más solitario, con su lápida inscrita; su portón, sus dos árboles, su horizonte bajo, ceñido por un muro quebrado y su recién salida luna creciente, atestando la hora del anochecer.

Los dos barcos, en calma sobre un mar aletargado, me parecieron fantasmas marinos.

Al ser infernal que clavaba una pica en el botín del ladrón lo pasé rápido: me daba terror.

Lo mismo me sucedía con aquella cosa cornuda y negra encaramada sobre una roca, oteando a lo lejos una muchedumbre que se congregaba alrededor de una horca.

Cada imagen era una historia, a menudo misteriosa para mi entendimiento todavía inmaduro y mis sentimientos imperfectos, aunque siempre me resultaba de lo más interesante, tanto como los cuentos que a veces Bessie contaba las noches de invierno, cuando estaba de buen humor, y cuando, tras haberse traído la tabla de planchar junto a la lumbre de la habitación de los niños, nos dejaba sentarnos a su lado y, mientras les quitaba las arrugas a los volantes de encaje de la señora Reed y repasaba la orilla de sus gorritos de dormir, alimentaba nuestra entusiasmada atención con pasajes de romances y aventuras sacados de antiguos cuentos de hadas y otras baladas; o —como

descubrí en un periodo posterior—, de las páginas de *Pamela* y *Henry, conde de Moreland*.⁶

Con Bewick sobre mi regazo, yo era feliz; al menos a mi modo. No temía otra cosa salvo las interrupciones, que llegaron demasiado pronto. Se abrió la puerta de la salita de desayuno.

—¡Bof! ¡Madam Muermo! —exclamó la voz de John Reed, luego hizo una pausa; halló la salita aparentemente vacía—. ¿Dónde diantres se ha metido? —prosiguió—. ¡Lizzy! ¡Georgy! —llamó a sus hermanas—. Joan no está: decidle a mamá que se ha escapado en mitad del chaparrón, ¡qué mala bestia es!

«He hecho bien en correr la cortina», pensé, y deseé con todas mis fuerzas que no descubriera mi escondite; aunque tampoco es que John Reed fuese a encontrarlo por sí mismo, no tenía ni una gran vista ni un gran intelecto, pero Eliza justo acababa de asomar la cabeza por la puerta y dijo de inmediato:

—Jack,⁷ está en el asiento del alféizar, seguro.

Salí de inmediato, pues temblaba ante la idea de que él me sacara a rastras.

—¿Qué quieres? —le pregunté, con incómoda timidez.

—Di: «¿Qué quiere, señorito Reed?» —fue su respuesta—. Quiero que vengas. —Y, tras sentarse en un butacón, dio a entender con un gesto que quería que me acercara y me quedase de pie ante él.

6. Ambos libros son obra de Samuel Richardson (1698-1761). Ambas novelas fueron obras muy populares en el siglo XVIII y en las décadas posteriores.

7. En la época, diminutivo de John.